

LA ARMADA Y LA ODISEA DEL *BUENOS AIRES* CON DEPORTADOS DE LA FAI Y LA CNT EN 1932

Hernenegildo FRANCO CASTAÑÓN



Introducción



A serie de huelgas generales que se producen a finales de 1931 no fue nada más que un prelude de lo que vendría más adelante. Movimientos en su mayoría rápidamente controlados, pero creadores de un ambiente de enfrentamiento entre el Gobierno de la República y un cierto sector del mundo obrero.

De este modo España se ve azotada por un furioso temporal de conflictos sociales que llegaría a su mayor tensión en el pequeño pueblo extremeño de Castilblanco, donde el último día del año 1931, cuatro guardias civiles fueron brutalmente asesinados por una manifestación de huelguistas.

La tragedia, por lo bárbara y espantosa, conmovió a España entera, y el general Sanjurjo, director general de la Benemérita, decía ante este suceso: «...ni en Monte Arruit en la época del derrumbamiento de la comandancia general de Melilla, los cadáveres de los cristianos fueron mutilados con salvajismo semejante».

Pero Castilblanco no fue sino uno más de los innumerables pueblos de España contaminados del mismo veneno.

El día 1 se habían registrado también disturbios en otros pueblos extremeños. El 4 se descubría un complot anarquista que se inició con una huelga general y más enfrentamientos con la Guardia Civil.

Cada día de este mes deja su correspondiente sedimento de desórdenes. Huelgas innumerables que brotaban en todas las provincias. ¿Para qué tantas huelgas?, se preguntaba *El Socialista* el 17 de enero, y él mismo respondía: «...están en crisis las industrias, no hay trabajo y, en estos instantes difíciles para la economía nacional, no se les ocurre a esos elementos sindicalistas y comunistas más que lanzar obreros a la huelga».

La realidad es que el caos que se había generado del desorden generalizado culmina en los pueblos de la cuenca del Llobregat, el 19 de este mes de enero, con una huelga general que prende en toda la zona con gran violencia.

Huelga revolucionaria en la cuenca del Llobregat

La insurrección anarquista comenzó en Figols y Berga con una huelga revolucionaria, asalto a comercios e invasión de las casas de los somatenes, apoderándose de las armas de éstos. Los revolucionarios se adueñaron también de los polvorines de las minas de potasa de Sallent.

El movimiento de rebelión se extendió el 21 a toda la cuenca, y los sediciosos se hicieron dueños de Manresa, Balsareny, Puiggreig, Gironella, San Vicente de Castellat y Suria; cortaron las líneas telegráficas y telefónicas, levantaron las férreas y, dueños de los ayuntamientos, izaron la bandera roja y la roja y negra del anarquismo, anunciando por bando: «Proclamada la revolución en toda España, el Comité, en conocimiento del Proletariado, manifiesta que todo aquel que esté disconforme con el programa que persigue nuestra ideología será responsable de sus actos».

La Guardia Civil sitiada en sus puestos se tiroteaba con los insurgentes, y la CNT publicaba en Barcelona el 20 un manifiesto en el que comunicaba: «Los trabajadores están decepcionados con el nuevo régimen por no cumplir una sola promesa desde el Gobierno. El Parlamento es impotente en absoluto para resolver ninguno de los problemas sustantivos relacionados con el porvenir del pueblo, y el régimen presente es la equivalencia matemática del pasado monárquico».

El movimiento en la cuenca del Llobregat proclamó «el comunismo libertario». Éste era dirigido por los anarcosindicalistas con la cooperación de los comunistas y una parte de los socialistas; cierto es que en esa zona su influencia era apenas perceptible.

El Gobierno de la República, ante lo grave de la situación en toda España y en concreto en Cataluña, actuó enérgicamente, enviando para restablecer el orden a las tropas de ejército de guarnición en Gerona, Lérida y Barbastro y a fuerzas de la Guardia Civil de la comandancia de Zaragoza; asimismo, son enviados a Barcelona una escuadrilla con seis aviones de la Aeronáutica Militar desde Getafe y los destructores *José Luis Díez y Alcalá Galiano*.

La rápida respuesta del Gobierno concentrando las fuerzas en la zona y lo localizado del movimiento revolucionario permitieron un inmediato control de la situación. Desaparecidos los principales núcleos de resistencia, el resto de los revolucionarios se fueron entregando a las tropas. El día 22 era tomada Cardona, último reducto de los anarquistas, que con la detención en Barcelona y otros puntos de España de los jefes y agitadores sindicalistas dio fin a esta etapa revolucionaria.

Despliegue de la Armada ante la lucha

El 15 de enero, para cumplimentar al presidente de la República Niceto Alcalá Zamora, salieron de Cartagena para Alicante el vicealmirante jefe de la Base Naval Principal, Juan Cervera Valderrama, a bordo del destructor *Alcalá Galiano*, acompañado por los submarinos *B-5*, *B-6* y *C-6*, torpedero 22 y buque de salvamento de submarinos *Kanguro*. Con igual objeto fondearon el día 16 en el puerto alicantino los destructores *José Luis Díez*, *Sánchez Barcáiztegui*, *Lepanto* y *Churruca*.

El 17 llegaba a la ciudad alicantina el presidente de la República para inaugurar el nuevo muelle y visitar las unidades.

Ante los graves sucesos de Cataluña y de otros puntos de España, el ministro de Marina da orden telegráfica urgente el día 21 de destacarse a Barcelona, poniéndose a las órdenes del gobernador civil de los destructores *José Luis Díez* y *Alcalá Galiano* (éste último con una columna de desembarco con dos oficiales, ocho clases y 44 de marinería).

Por otra orden se destacan: destructor *Lazaga*, que se encuentra en Málaga, a Sevilla; *Almirante Ferrándiz*, a Málaga; *Sánchez Barcáiztegui*, a Valencia, permaneciendo en Alicante el *Lepanto*; *José Luis Díez* y *Galiano* atracan en Barcelona en la mañana del 22.

Respuesta del gobierno

A medida que la revolución iba siendo sofocada, los detenidos eran trasladados a Barcelona, donde se les recluía en el vapor de la Compañía Transatlántica *Buenos Aires*.

Controlada la situación, el gobierno actuó con dureza y aplicó la Ley de Defensa de la República, ley votada en Cortes en octubre del 31. Ley que permitía su aplicación sin instrucción ni juicio para cualquiera que atentase contra el régimen del 14 de abril, pudiendo ser condenado, como iba a suceder, con los complicados en estos hechos.

El día 21 Miguel Maura pidió un voto de confianza para el Gobierno de Azaña, que le fue concedido por 285 contra 4. Esta propuesta le sirvió al presidente para explicar lo que sucedía en la cuenca del Llobregat: «El Gobierno —dijo— no tiene inconveniente en declarar que se preparaba en España un movimiento revolucionario para el día 25 para derribar el Gobierno de la República».

Y continuaba: «...los que se han puesto a perturbar el orden no son huelguistas, son rebeldes, son insurrectos, y como tales serán tratados».

Con la toma de Cardona quedó aplastada la sublevación en la cuenca, pero, prueba de que el movimiento revolucionario era más extenso, se produjeron perturbaciones con arreglo a un calendario elaborado por los anarquistas en

las principales ciudades, y como curiosidad se instaura en el pequeño pueblo valenciano de Manresa de Sollana la «República Soviética».

La Armada en la expedición del *Buenos Aires*

El día 27 de enero a 1800 horas recibió el comandante del destructor *José Luis Díez*, capitán de fragata Hermenegildo Franco Salgado-Araujo, orden telegráfica urgente del subsecretario de Marina de trasladarse a Madrid, lo que efectuó el mismo día. Presentado en el Ministerio el almirante jefe del Estado Mayor de la Armada, Javier de Salas, le comunicó que había sido designado para el mando de la expedición que a bordo del *Buenos Aires* y del buque de guerra que se designase debería trasladar a la Guinea española en el mes de febrero a los principales elementos complicados en la huelga revolucionaria recientemente sofocada en aplicación de la ya citada Ley de Defensa de la República.

Por Diario Oficial núm. 32 del Ministerio de Marina de fecha 8 de febrero, se da la siguiente orden: «El Gobierno de la República, y en vista de las circunstancias extraordinarias que se presentan con motivo del viaje que ha de realizar el trasatlántico *Buenos Aires*, ha dispuesto se encargue el capitán de fragata D. Hermenegildo Franco y Salgado-Araujo del mando militar de dicho buque, así como del grupo o división que se forme con él y el buque de guerra que ha de convoyarlo.... Así mismo embarcarán en las mismas condiciones y quedarán a las inmediatas órdenes de este capitán de fragata los tenientes de navío D. Ramón Rodríguez Lizón y D. Vicente Ramírez Togores y alféreces de navío y personal subalterno designados para este servicio por el jefe de la Base Naval Principal de Cartagena en las condiciones que expresa la Orden Ministerial del 4 del actual (Diario Oficial núm. 30)».

El teniente de navío Rodríguez Lizón era segundo comandante del *Kanguro*, y el del mismo empleo, Ramírez Togores, estaba de licencia pendiente de destino.

En el mismo Diario Oficial se disponía el embarque del alférez de navío Ricardo Noval Fernández para el servicio de vigilancia, cesando con urgencia en el acorazado *Jaime I*.

Por disposición del almirante jefe de la Base Naval de Cartagena se nombra a los alféreces de navío Fernando de la Rocha Nogués, del destructor *Almirante Valdés* en fase de armamento, y José M.^a Pasquín Dabán, del *Torpedero 14*. Junto a estos oficiales embarcaron los condestables primeros José Baró y Faustino Alarcón. Posteriormente lo hizo el contraamaestre Antonio Rodríguez.

El *Buenos Aires* estaba mandado por el capitán de la Marina Mercante Rafael Meana Arias, que junto a sus oficiales y tripulación efectuaron el viaje.

Los deportados

Fueron 119 los anarquistas deportados por el Gobierno para Guinea. En Barcelona fueron detenidos y conducidos al *Buenos Aires* la plana mayor del anarquismo español, con Buenaventura Durruti Domínguez a la cabeza, los hermanos Francisco y Domingo Ascaso Abadía, Tomás Cano Ruiz y Eduardo Muñoz, que era el presidente del ramo de la Construcción; desde Figols, el jefe del movimiento, Manuel Prieto, y su hijo Marcelino; en Sallent lo fue Eduardo Solé. Antonio Fernández Bailen, alias *Progreso*, desde Valencia fue trasladado junto con otros activistas a Cádiz a bordo del *Sánchez Barcáiztegui*, y desde Sevilla llegaron otros detenidos también a Cádiz a bordo del *Lazaga*.

Durante el confinamiento que sufrieron en la Ciudad Condal, el estado de excitación de los presos fue una constante. Durruti, Ascaso y Cano, los principales agitadores, tuvieron que ser separados del resto de los detenidos. Éstos iniciaron una huelga de hambre que duró sólo dos días, ya que la masiva cantidad de detenidos y lo confuso de la situación hicieron que el Gobierno pusiese en libertad a gran cantidad de ellos, permaneciendo solamente los instigadores y los que realmente tenían responsabilidad en el levantamiento revolucionario, lo que provocó falta de unidad entre ellos.

El *Buenos Aires*. Acaecimientos y cronología de la deportación

Enero

El 22 es confiscado el *Buenos Aires*, haciéndose cargo del mando militar el teniente de navío Ramón Rodríguez Lizón con el destacamento de marinería que había llegado embarcado en el *Alcalá Galiano*. El siguiente día embarcan los primeros detenidos, entre ellos los más carismáticos jefes revolucionarios de la CNT y de la FAI.

El 25 el vicealmirante de la Base Naval de Cartagena envía un refuerzo para el destacamento de vigilancia con personal de la Aeronáutica Naval.

El 27 el comandante del *Lazaga* comunica al ministro de Marina: «Cumplimentando orden del Ministro de la Gobernación comunicada por Gobernador Civil de Sevilla salgo para Cádiz conduciendo 10 presos debiendo esperar en bahía donde llegaré a 1100 horas».

El mismo día el *Alcalá Galiano* sale de Barcelona para Valencia, donde releva al *Sánchez Barcáiztegui* el cual se traslada a Cádiz conduciendo varios detenidos.

Febrero

El 9 toma el mando de la expedición, formada por el *Buenos Aires* y el destructor *José Luis Díez*, el comandante de éste último, capitán de fragata Hermenegildo Franco.

Finalizado el avituallamiento y con 108 deportados a bordo, el día 10 el *Buenos Aires*, escoltado por el *Díez*, dejaba el puerto barcelonés en demanda del de Cádiz, según órdenes recibidas del ministro de la Gobernación. Relata el capitán de fragata Franco esta navegación del siguiente modo: «El día 10 de febrero a las tres de la madrugada salimos del puerto de Barcelona conduciendo 108 individuos que debían ser conducidos a Bata (Guinea Española) en donde debían sufrir el confinamiento impuesto por el ministro de la Gobernación por aplicación de la Ley de Defensa de la República. De Barcelona nos dirigimos al puerto de Cádiz en donde se recogerían algunos detenidos más. A la salida de Barcelona se permitió a los deportados pasar el día en cubierta, pues durante la permanencia del buque en puerto habían estado siempre en el sollado en que iban alojados. Sin incidentes de ninguna clase transcurrió el viaje de Barcelona a Cádiz, a donde llegamos en la madrugada del 12...».

El 12, a las 0600 horas, amarraba en el puerto gaditano, donde finalizaría el aprovisionamiento de víveres, carbón y agua; también embarcan cuatro



Destructor *José Luis Díez*, que convoyó al *Buenos Aires* de Barcelona a Cádiz. Este buque varó el 6 de abril en Ibiza, pocos días antes de la llegada de su comandante a Cartagena en el *Buenos Aires*.

deportados que se encontraban en el castillo de Santa Catalina, trasladados desde Sevilla en el *Lazaga*, y ocho que estaban a bordo del *Sánchez Barcáiztegui*, desembarcando del *Buenos Aires* Marcelino Prieto por ser menor de edad, con lo que el total de anarcosindicalistas que marchan para la deportación es de 119.

Los destructores *Sánchez Barcáiztegui* y *José Luis Díez*, cumplida su misión, se trasladan a su base de Cartagena, siendo sustituido como escolta en la expedición este último por el cañonero *Cánovas del Castillo*, al mando del capitán de corbeta Manuel de Vierna.

Mientras permanecieron los buques en Cádiz, recibió el jefe de la expedición dos cartas del comandante militar de Marina, Manuel Varela, insistiéndole en la pronta salida de los buques: «El motivo es una interpelación que le han hecho esta tarde en las Cortes al Ministro de la Gobernación».

La segunda carta es de una hora después, en la que manifiesta, entre otras cosas y además de la inmediata salida, lo siguiente: «... de nuevo me llama el Gobernador para decirme que acaba de decirle el Ministro de la Gobernación que le han llamado la atención en el Congreso sobre el estado sanitario del *Buenos Aires*... me pregunta el Gobernador lo que debe contestarle al Ministro». La realidad era, aunque no sea la respuesta dada por el jefe de la expedición, que el estado sanitario no debía ser bueno.

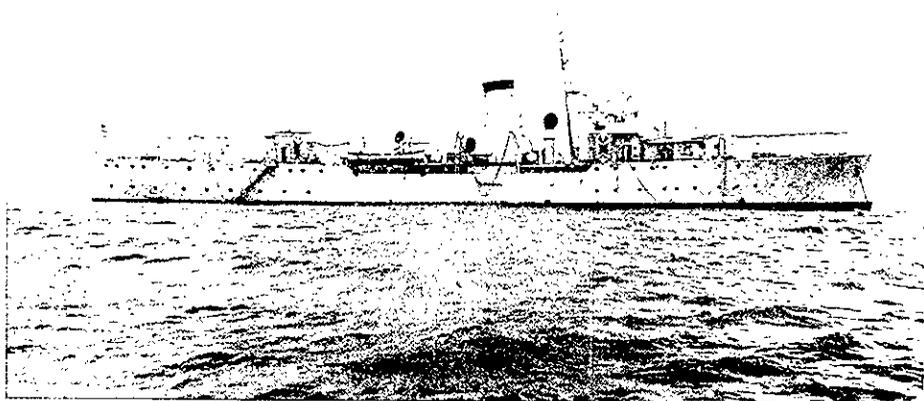
Listo el buque, a medianoche salían el *Buenos Aires* y el *Cánovas* para Canarias.

El 13, a las 1400 horas, recibe el comandante del *Cánovas* en la mar el siguiente radio cifrado: «Sírvese comunicar al capitán de fragata Franco lo siguiente: después de repostarse carbón en Canarias se dirigirá a Santa Isabel (Fernando Poo) con las escalas indispensables para carboneo buques procurando que cañonero *Cánovas* llegue con el mayor repuesto posible a cuyo fin debe adquirir en Canarias 400 toneladas que transportará en bodega *Buenos Aires* para descargarlo en Santa Isabel después de rellenar el cañonero. En Santa Isabel recibirá instrucciones del gobernador general sobre desembarco en Bata del personal que el *Buenos Aires* lleva de transporte.

»Una vez hecho el desembarco y cuando el *Buenos Aires* reciba orden regresar Barcelona, regresará VS con toda la fuerza que fue custodiando, quedándose en Bata el cañonero cuyo médico coadyuvará con el de la colonia a la asistencia de los detenidos políticos. Para suministro sucesivo carbón para cañonero se estudia envío mensual 200 toneladas a Santa Isabel por vapor correo.»

El día 15, en las últimas horas de la noche, quedó el *Buenos Aires* amarrado a una boya, y en sus proximidades el *Cánovas* fondeado. En la mañana del 16 ambos buques comenzaron el aprovisionamiento de agua, víveres y carbón, finalizando en la mañana del 17, saliendo a la mar seguidamente.

La navegación y estancia en Las Palmas transcurrió con normalidad, como manifiesta el capitán de fragata Franco: «...a las 0000 horas del 13 salimos de



Cañonero *Cánovas del Castillo*, que de febrero a abril de 1932 convoyó al *Buenos Aires*.

Cádiz con rumbo a Las Palmas sin que hubiese ocurrido ningún incidente de importancia, ni protestas ni quejas por el alojamiento y comida ya que se les fue complaciendo en lo que era posible. El 15 al estar en Las Palmas había un pequeño grupo en el malecón del Oeste, que dieron algunos vivas subversivos. En Las Palmas se carboncó y durante la faena se excitaron algo los deportados, insultaron a los carboneros y cantaron a toda voz sus himnos. Los carboneros no hicieron el menor caso y efectuaron su trabajo sin inconveniente».

El día 20 fondearon ambos buques en Dakar (Senegal), donde permanecieron hasta el 23, que continuaron navegando en demanda del golfo de Guinea. El 29 navegó la división por aguas de Nigeria del Sur, transcurriendo sin novedades que resaltar, aunque el estado sanitario desde la salida de Las Palmas empeorase, quizá por las condiciones climatológicas a medida que fue aumentando el calor, produciéndose varios casos de gastroenteritis y otras enfermedades leves.

La prensa nacional que siguió con gran interés el desarrollo de la expedición, los días 27 y 28 recogía la posibilidad de que se cambiase el destino de Bata por Río de Oro (Sáhara Español). El 28 confirmó el ministro de la Gobernación a los periodistas, que había cambiado el destino de los deportados: «... ya que había recibido quejas de los colonos de las factorías de Bata», y además advirtiendo que los deportados blancos iban a ser vigilados por la Guardia Colonial negra.

De todos modos, el ministro Casares Quiroga dijo: «...los deportados permanecerán en Fernando Poo a bordo del *Buenos Aires*, pues para señalar el lugar de residencia definitiva de aquéllos se necesita saber detalles sobre la existencia de agua, avituallamiento y estado sanitario del territorio».

Marzo

El día 2 los buques fondearon en Santa Isabel a las 0600 horas. El capitán de fragata Franco se presentó al gobernador general Gustavo de Sostoa para tratar el desembarco de los deportados y las instrucciones que debía recibir, como así se le comunicaba por el mensaje recibido en la mar el 13 de febrero del ministro de Marina.

La sorpresa fue que el gobernador no tenía ninguna instrucción respecto a los deportados ni a su desembarco. Ante situación tan anómala y con ánimo



Oficiales de la Armada a bordo del *Buenos Aires*. De izquierda a derecha, alférez de navío José M. de la Rocha, tenientes de navío Ramón Rodríguez Lizón y Vicente Ramírez Togares, capitán de fragata Hermenegildo Franco Salgado-Araujo, alféreces de navío Ricardo Noval y Manuel Pasquín Dabán.

sin duda de colaboración y de evitar otros males, ofreció al capitán de fragata Franco un edificio que según él reunía condiciones para internar a los deportados en Santa Isabel. Ante ello el jefe de la expedición comunica lo siguiente al ministro de Marina: «Gobernador General no tiene instrucciones para desembarco deportados que considero urgente por no reunir buque mínimas condiciones para la vida en clima tan extremo. Gobernador propone desembarco en ésta en donde hay edificio en condiciones para alojamiento. Ruego resolución rápida».

No hubo resolución rápida, pues la decisión no era del ministro de Marina sino del de Gobernación, con lo que las decisiones se demoraban.

La situación se fue complicando y el estado sanitario empeoró, llegando a ser los enfermos 18 el día 4 y el ambiente tenso. Por ello el capitán de fragata Franco comunica al ministro de Marina: «Continúa excitación deportados. Estado sanitario empeora. De nuevo ruego V. E. interese resolución inmediata a fin de evitar dolorosas consecuencias y grave conflicto al Gobierno».

No se accedió al desembarco, se le comunicó al jefe de la expedición que saliese de Santa Isabel y se dirigiese a Villa Cisneros.

El día 5 el capitán de fragata Franco informa: «Imposible emprender regreso antes siete días por faenas traslado carbón de bodegas y hacer aguada. Situación deportados desesperada y determinará en plazo inmediato sucesos que anuncie si no se desembarcan aquí. En este instante gestiono Gobernador desembarco».

La situación era realmente difícil; la noche del día 4 hubo un intento de amotinamiento causada por las pésimas condiciones de vida de los deportados, y el aumento del número de enfermos que se producen en los últimos días, lo relata el jefe de la expedición así: «Como casi todas las noches se celebraba una asamblea, aquella noche se notó gran excitación, se trataba de llevarme unas reivindicaciones. Entre los oradores se destacaban como más excitados los deportados Guzmán Val, Antonio Mota, Manuel López y algunos otros que no se conocían de nombre y como más moderados Antonio Fernández (*Progreso*) y Tomás Cano, aunque todos ofrecían su vida por la causa común; cuando la discusión estaba en su periodo de efervescencia avisó uno que había un enfermo notándose gran revuelo bajando inmediatamente el oficial de guardia y la clase. Pretendían los deportados subir al enfermo no consintiéndolo el oficial de guardia, haciéndolo él personalmente ayudado por la clase de guardia y el practicante del barco; continuó la asamblea pero a los pocos minutos gritos de ¡otro enfermo! Y seguidamente y antes de poder subir a éste otro, todos los deportados se agolparon al pie de la escala con voces de ¡esto no se puede consentir más!, y al ir a subir el último enfermo un grito de ¡arriba compañeros! Dándole tiempo al oficial y clase de guardia de subir los peldaños que quedaban para subir la escala y montar las pistolas, ordenándole a uno de los vigilantes que se replegase al castillo con el que allí se encontraba».

Desde el día de la llegada a Santa Isabel, por orden del jefe de la expedición, se reforzó la guardia con 16 hombres del *Cánovas*, y el día 4, para mayor seguridad, este buque se abarló al *Buenos Aires*.

La llama había prendido y a mediodía del 5 el motín estalló. Los deportados se hicieron fuertes en la bodega donde estaban reclusos, intentando subir a cubierta con intención de hacerse con el buque, alguno llegó a alcanzarla ante el repliegue del personal de guardia. No obstante, la presencia del resto del personal franco de servicio armado, y en actitud de no hacer concesiones, y la actitud enérgica y decidida del capitán de fragata Franco, que sólo empujó la escotilla de acceso a la bodega, hicieron desistir de sus intentos a los más exaltados, normalizándose al menos la situación momentáneamente.

Éstos entregaron un escrito con sus peticiones, siendo atendidas en su mayoría. Restablecido el orden, el jefe de la expedición lo comunicó al ministro: «Deportados amotinados mediodía hoy; reducidos obediencia sin accidentes».

Este suceso lo relata el deportado Tomás Cano Ruiz, en su libro, *Nuestra odisea en Villa Cisneros*, del siguiente modo: «La sentina era un lazareto de desfallecidos. La congestión, la angustia el mareo, la falta de oxígeno, fue echando su mano de parca sobre infinidad de aquellos hombres. La enfermería estaba llena. Pomos de sales, éter, masajes del médico, devolvían a la vida infinidad de secuestrados, que quedaban postrados en el lecho sanitario. Exánimes, yacían otros por cubierta y sobre petates, cuando no en la ya dura



Oficiales de la Armada y del *Buenos Aires* a bordo de dicho buque. El capitán de fragata Franco, jefe de la expedición, tercero por la derecha, junto al capitán del *Buenos Aires*, Rafael Meana. Sentados: alférez de navío Noval, teniente de navío Rodríguez Lizón, alféreces de navío Pasquín y Rocha. De pie, el primero por la izquierda, teniente de navío Ramírez.

madera. Del fondo del sollado, en el momento más impresionante, el frenesí desbordó en coraje.

“¡A cubierta! ¡A cubierta!”, clamaron ciento diecinueve confinados. Y atropellada, frenéticamente, subían la estrecha escalerilla hasta llegar a sitio de respirar aire para sus pulmones. La guardia de puesto había huido despavorida con su sargento, que quedó lesionado de una pierna al intentar ponerse a salvo de aquella avalancha humana. Conquistada la cubierta en posesión de proa, todo era frenesí amoroso para velar por la existencia de sus propios compañeros, víctimas de un Gobierno criminal que los tenía como cafres en pleno imperio de la muerte. Medio barco acababan de tomarse. Desde el puente al castillo paseaban con verdadero frenesí. “Esto es nuestro, ¡nuestro! —exclamó Liberto—. Y no habrá fuerza que nos lo arrebatte —afirmó *Progreso*—”. Completa era la tranquilidad. Los espíritus pasaban por remansos de paz. Tenían aire, oxígeno y libertad de movimientos. En esto apareció el comandante que quiso hablarles. Bajó al coso, le acompañaban el oficial de guardia. Éste iba armado, con la pistola bien alta, los fusiles aún apuntaban. “No podemos recibirles —dijo Robles— si no se desarman antes”. “¿Cómo? —preguntó el comandante—. Sencillamente enfundando y mandando a la marinería que baje armas”.

El capitán usó de su mando. “Enfunde y quédese ahí —ordenó a su inferior— ¡Marineros de la Armada española! ¡Bajen armas!”.

Se aproximó, y los secuestrados se congregaron en torno suyo. Habló para prometerles al instante colchoncillos mejores, sábanas, mantas, hielo diario, frutas y libertad. “En todo este espacio serán los dueños absolutos. Esta noche la mitad de ustedes irán a juntarse con sus cinco compañeros de la otra bodega. Desde este momento, haremos bien llevadera la prisión injusta de ustedes. Créanme: el Estado es un monstruo que no tiene entrañas ni conciencia”. Y se marchó, seguido de su teniente. A los cinco minutos fue cumplida la promesa estrictamente. La tripulación de la compañía entregaba, uno a uno, a los secuestrados, las prendas y objetos necesarios para su uso. No exageraremos: las cosas fueron contadas e insuficientes, pero representaban un gran alivio.»

Al siguiente día se finalizó el carbonco del *Cánovas*. Hubo dificultades para el aprovisionamiento de agua que demoró la salida varios días. El 8 el jefe de la expedición solicitó autorización para adquirir ropa interior y zapatillas para los deportados, «que por haber embarcado alguno sin equipaje, sólo tienen lo puesto».

El estado sanitario fue mejorando y el 12, a 1100 horas, la expedición dejó la isla de Fernando Poó en demanda de Dakar (Senegal) a donde llegaron el día 20 con 21 enfermos. Antes de la salida y para reforzar la guarnición embarcaron en el *Buenos Aires* un condestable, dos cabos de cañón y veinte de marinería de la dotación del *Cánovas*. Permanecieron en este puerto hasta el día 21 para carbonear y hacer agua, saliendo a las 0600 horas en demanda de Villa Cisneros.

Antes de la llegada a Dakar, el día 18 el jefe de la expedición puso un mensaje al gobernador de Río de Oro informándole de sus posibles movimientos, número de deportados y solicitando le informase si tenía instrucciones para recibirlos, contestándosele negativamente.

En el momento de la salida comunicó al ministro de Marina: «A las 0600 salimos de Dakar, sin novedad. Espero llegar Río de Oro madrugada 24. Este buque no puede permanecer muchos días fondeado por consumir mucha agua. Gobernador Río de Oro no tiene instrucciones para recibir deportados. Enfermería 21.

El 24, a 0625 horas, la expedición fondeó en punta Dunford (península de Río de Oro), sin tener contestación del ministro ni instrucciones el gobernador. Por ello de nuevo reitera el jefe de la expedición al ministro instrucciones respecto al desembarco de deportados e inquiera al gobernador si éste las ha recibido.

El mismo día el capitán de fragata Franco informa al ministro de Marina: «Este buque sólo dispone de agua suficiente para permanecer aquí cuatro días. Día 28 tendré que dirigirme a Canarias, puerto donde pueda rellenar y hacer agua. De acuerdo con capitán *Buenos Aires* este buque puede facilitar efectos cocina y utensilios rancho, así como víveres indispensables. Es urgente aprovechar buenas condiciones de tiempo para desembarco».

El vicealmirante Salas, jefe del Estado Mayor de la Armada, remite al ministro de Marina señor Giral las comunicaciones del jefe de la expedición (se hallaba de visita en el departamento de Cartagena) y le dice estar en contacto con Flores, director general de Marruecos y Colonias, a quien Casares Quiroga había encargado el asunto.

No hubo respuesta por parte del ministro de la Gobernación y el *Buenos Aires* y el *Cánovas del Castillo* levaron el 28 del fondeadero de La Sarga, donde se hallaban, y arrumbaron a Las Palmas, navegando con viento NE fresco y marejada.

Desgraciadamente durante esta navegación fallecía el deportado Antonio Solé Falcó de septicemia.

El 29 a medianoche llegó la expedición a Las Palmas con 118 deportados, de los cuales habían 20 enfermos y un fallecido. A las 1600 horas del 30 el almirante Salas y el capitán de fragata Franco celebraron conferencia telefónica y posteriormente éste lo hacía con el anteriormente citado Flores para tratar «...desembarco de los enfermos, del abastecimiento del buque, próxima salida del buque para Villa Cisneros y término de este asunto».

Conocida la noticia del fallecimiento de Solé, los ánimos se exaltaron, tanto en Las Palmas, donde las agrupaciones obreras se manifestaron, como a bordo, donde los deportados hicieron un escrito al jefe de la expedición con más reivindicaciones. Entre ellas y como más importantes: «...definición de su situación legal, entrega del cadáver de Antonio Solé a elementos obreros de Las Palmas, que su hermano Eduardo, también deportado, salga a presidir el entierro y que, como medida excepcional, se les de, a todos la libertad por no estar sometidos a ningún procedimiento».



Guarnición del trasatlántico *Buenos Aires* para la vigilancia de los deportados de la CNT y de la FAI en 1932. Fila central, de izquierda a derecha, contramaestre Antonio Solé, condestables Faustino Alarcón y José Baró, alférez de navío José M.^o de la Rocha, teniente de navío Vicente Ramírez, capitán de fragata Hermenegildo Franco, teniente de navío Ramón R. Lizón, alféreces de navío Manuel Pasquín y Ricardo Noval.

Se accedió a que Eduardo Solé presidiese el entierro, el cual se celebró sin incidentes el día 31, con sólo una manifestación de la Federación Obrera de Gran Canaria. La comitiva partió de la plaza de la Feria; a la cabeza marchaba el coche fúnebre con varias coronas de flores de las diferentes asociaciones obreras de la isla y una de sus compañeros del *Buenos Aires*; tras él, su hermano y el Comité Ejecutivo de la Federación Obrera. Antonio Solé tenía 25 años y su fallecimiento se debió a una gastroenteritis aguda.

La tensión por este suceso ante posible conflicto obligó al Gobierno a poner en libertad a 30 de los deportados con mejor conducta, y recomendar al jefe de la expedición «...máximo tacto y prudencia con el resto de los deportados que han de ser conducidos a Río de Oro y Fuerteventura, acudiendo como medida represiva a manguera de agua y otros que excluyan la fuerza que pueda dar origen a sucesos desgraciados de consecuencias lamentables».

Abril

Comienza el mes con una comunicación del ministro de la Gobernación para el jefe de la expedición a través del gobernador civil de Las Palmas en la que le manifiesta: «...los 30 deportados que constan en la relación enviada

por dirección de Marruecos y Colonias serán desembarcados inmediatamente quedando en libertad. Si alguno quiere quedarse en Las Palmas, lo solicitará bajo su firma; los demás permanecerán en libertad Las Palmas en espera *Buenos Aires* retorne Río de Oro y los recoja para traerlos a la Península».

En estas instrucciones comunicaba también Casares Quiroga que los enfermos relacionados deberían permanecer en hospital hasta total curación. También manifestaba que del resto eligiese un grupo formado por Durruti y diez o doce más fatigados para enviarlos a Fuerteventura, en donde quedarían confinados. El resto serían conducidos lo antes posible a Villa Cisneros.

El mismo día 1 salió el *Buenos Aires* convoyado por el *Cánovas*, llegando el 3 a Villa Cisneros y desembarcando 73 deportados. El jefe de la expedición comunica su desembarco sin novedad e informa no haberse podido formar el grupo que deberá acompañar a Durruti a Fuerteventura por el estado de agitación de los deportados y por haber adelantado la salida por indicaciones del gobernador civil a fin de evitar disturbios en Las Palmas. Manifiesta también el capitán de fragata Franco: «...Durruti está realmente enfermo».

El 4 salió la división para Las Palmas, donde llegó el 5, y el mismo día el *Buenos Aires*, con los deportados que habían quedado en libertad, salió para Cartagena, donde llega el 9. En dicho puerto desembarca parte del personal de la guarnición, y sale para Barcelona con deportados en libertad y personal de la Aeronáutica Naval llegando en la tarde del 10, justamente dos meses después de su partida de este mismo puerto.

Durruti, con sus compañeros que permanecían en Las Palmas, fue trasladado a Fuerteventura en el *Cánovas* el día 12. Ya en la isla, Durruti el 18 escribe a su hermana Rosa: «Al fin, después de dos meses, creo que ha llegado a su fin mi peregrinaje, puesto que se me ha destinado a esta isla perdida. Ayer recibí mis primeras cartas desde mi partida de Barcelona, una de Mimmi (Emilienne, su esposa) y otras de varios amigos. Cuando regresemos a la Península, los señores socialistas tendrán que responder a la clase obrera de nuestra deportación. Si es de tal manera como esa gente piensa salvar a esta república sin republicanos, se equivocan».

Epílogo

Han pasado exactamente setenta años de estos sucesos; la Armada en aquellos años del primer tercio del siglo xx participó en numerosas acciones como fuerza de orden público, bien para mantenerlo o como para actuar en comisiones tan sorprendentes como la deportación de los anarquistas de la CNT y la FAI en 1932.

No voy a enjuiciar estos hechos, el lector sabrá interpretarlos y hará su propia valoración y juicio; solamente apuntar el comportamiento abnegado del personal de la Armada en condiciones tan difíciles y con unos detenidos

tan problemáticos. Deportados que, a su vez, independientemente de los incidentes relatados, mostraron total respeto a los mandos de la Armada, como lo prueban las comunicaciones dirigidas al jefe de la expedición, alguno reproducido.

El almirante Martel Viniegra, recientemente fallecido, oficial entonces del *Cánovas*, testigo de estos hechos, me contó muchos detalles sobre esta expedición y me animó a sacarlos a la luz. Siempre me resistí a hacerlo, por ser precisamente el protagonista de un lado mi abuelo paterno, del que llevo su nombre y apellido, y que gracias a su conservadurismo de «papeles» hoy he podido reproducir en gran parte esta página de nuestra historia marítima reciente, con la intención de ser lo mas objetivo posible.

Por último, los deportados permanecieron en su confinamiento de Fuerteventura y Villa Cisneros hasta primeros de septiembre de 1932, en que fueron «relevados» por otros de signo opuesto, «los sublevados del 10 de agosto», que, a bordo del *España núm. 5* y como escolta el *Canalejas*, fueron trasladados y confinados en Villa Cisneros.

El más carismático de ellos, Buenaventura Durruti ya en libertad, en entrevista realizada en un semanario nacional tuvo palabras de elogio para el jefe de la expedición y las fuerzas a sus órdenes por el respeto y consideración con que él y sus compañeros fueron tratados. También lo debieron de ser en su confinamiento, pues en una de las navegaciones del *Cánovas* por la costa de Fuerteventura «...una vez fondeado el barco, vieron cómo se acercaba un bote, la sorpresa fue mayúscula cuando advirtieron que bogando venían el capitán de Infantería jefe de los confinados y Durruti. Puestos al habla con ellos para ver lo que necesitaban, la petición dejó atónitos a todos, solicitaban ropas o cualquier otra cosa que les sirviese para hacer una fiesta de disfraces».

Casi dos años después, por Diario Oficial de 9 de febrero de 1934, el Gobierno de la República «Felicitó al capitán de fragata D. Hermenegildo Franco Salgado-Araujo y da las gracias al capitán del vapor *Buenos Aires* y demás personal que se expresa con motivo de la conducción de deportados a bordo de dicho buque».

Así se cerró oficialmente la hazaña del *Buenos Aires*.

DOCUMENTACIÓN CONSULTADA

Servicio Histórico del Estado Mayor de la Armada.
Archivo Histórico Don Álvaro de Bazán.
Documentos colección del autor.
Prensa de la época.